

¿Un nuevo delito?

Así como hay escritores que han hablado del sexto sentido, el sagacísimo cronista *Bradomin* ha logrado descubrir un nuevo delito, que pudiéramos llamar literario, pero monstruoso según parece: no conocer a los intelectuales panameños.

En tal delito ha incurrido Eduardo Zamacois, lo cual ha bastado para que *Bradomin* se lleve de asombro azuzador, en el "Diario de Panamá," asombro que ha hecho presa en el cacumen de un señor *Romco*, quien se ha creído en la obligación servil de ampliar el asombro, hasta convertirlo en injurias contra Zamacois, publicadas en "La Estrella de Panamá." *Romco*, valiente hasta el extremo de firmar con seudónimo desconocido, ha sido un excelente simio de *Bradomin*: ha sabido seguirle y servirle fielmente.

Sin embargo, es preciso aquilatar hasta qué punto son fundados y lógicos al asombro y los insultos; es indispensable averiguar, porque tiene trascendencia, si el peregrino y reciente delito existe o no.

Todo el que se ocupe algo de letras en Panamá sabe que los intelectuales panameños han hecho y hacen ediciones poco numerosas de sus libros; que aquí no hay editores que los difundan fuera del país; que nadie se ha ocupado hasta el presente de remitirlos a las librerías de España. Siendo esto así, ante unos hechos tan evidentes y públicos, ¿cómo es posible que nadie pueda conocer en España y en el resto de Europa la labor de los intelectuales panameños? ¿Por cable o por aeroplano?

Y esto que ocurre con Panamá, ocurre igualmente con casi todas las demás repúblicas hispanoamericanas. Los libros de España, aunque no todos los que lo merecen, son conocidos en América, ni más ni menos porque los autores y editores de allá se cuidan de remesarlos por acá. En tanto que los libros de América son poco conocidos de España, por la sencillísima y concluyentísima razón de que ni los autores ni los editores de América los envían a España. Lo verdaderamente asombroso sería que conociesen en España a los escritores americanos que no exportan sus libros.

A mí, que no vocifero, que no me asombro de nada y menos de lo fatalmente necesario, que no gusto de ofender a unos para in-

censar a otros, me cabe la satisfacción de haber empezado hace unos meses, silenciosamente, sin griterías y sin pomposidades, a remitir a España libros de los intelectuales de Panamá. Yo quiero tener la inmodestia muy sincera de preguntar al pueblo panameño: ¿Cómo se demuestra estimación desinteresada y leal hacia un país, procurando difundir sus libros o fingiendo asombrarse de que no sean conocidos allí donde no han sido enviados? *Bradomin* y *Romco* hubieran servido de manera más callada pero más digna y eficaz a Panamá, enviando a sus respectivos países los libros de los escritores panameños, en vez de chillar y escandalizarse, deshechos en las más simuladas zalemas.

Pensando con lógica y con juicio, en lugar de hacer a Zamacois reproches absurdos, es a Zamacois y de más literatos españoles a quienes corresponde quejarse de que los escritores americanos no manden sus libros a España. Zamacois resulta uno de los heridos, y *Bradomin* y *Romco* aparentan ponerse la venda.

Para que lleguen al rojo blanco el asombro del uno y los improperios del otro, quiero decir esta cosa muy sabia: No sólo es en España donde se desconoce a muchos escritores americanos, sino que es en América misma donde no se conocen entre sí los de las distintas repúblicas, aun de las más próximas. Por ejemplo, en Panamá no se conoce bien a los intelectuales de Costa Rica, y en Costa Rica no se conoce bien a los intelectuales de Panamá.

Y la culpa de tales inluculables hechos, no es de nadie particularmente, sino que alcanza por igual a casi toda la colectividad americana en pleno, por haberse perdido ya: tiene el intercambio de las poblaciones de la inteligencia. El 11 del corriente Mayo, hará cuatro años que vivo en este país, y durante todo ese tiempo no he visto, en las librerías mejor surtidas de Panamá, otros libros americanos que algunos de la Argentina y unos pocos de Colombia. No sólo los libros, también las revistas de América vienen a Panamá en escaso número, y las pocas que vienen se venden con dificultad.

Más todavía puedo decir: En la propia República de Panamá no se conoce lo bastante a sus intelectuales. Las reducidas ediciones de sus libros tardan mucho en venderse. Se repiten sus nombres, pero se regatean unos centavos para comprarles las obras, cuando no se pretende que las regalen. ¿Con qué funda-